

Bases para una nueva Transición

*Conferencia de clausura de los XXXIII Premis Octubre, Universitat de València,
30 octubre 2004*

Josep Fontana

(Traducción de Jordi Domènech)

1. Permitidme que empiece aclarando un punto. Hace unos meses Eliseu Climent me convenció para que diera una charla crítica sobre la Transición. Me pareció que podía decir algunas cosas y acepté. Lo que no me esperaba era que me exigiese que hiciera propuestas de futuro para una eventual nueva Transición. No se me da bien ni dar consejos políticos —no tengo ninguna clase de autoridad para ello— ni hacer previsiones. Si alguien tiene que ser escéptico en materia de prospecciones de futuro es precisamente un historiador, que sabe bien cuán compleja es la articulación de las causas que acaban produciendo un acontecimiento, y hasta qué punto la profecía es un ejercicio condenado al fracaso. Os invito, si no, a reflexionar sobre lo que ocurría hace un año, a finales de octubre de 2003, y decidme quién podía imaginar entonces el vuelco político de este país hacia el mes de marzo de este año. Los derrotados en estas elecciones aún no se han recuperado del golpe (todavía se están preguntando, como Manolo Escobar, quién les ha robado el carro), mientras que muchos que se habían apuntado a las iniciativas del PP, convencidos de que seguiría en el poder por lo menos durante cincuenta años más, se apresuran ahora a buscar un nuevo refugio, redescubriéndose socialistas de toda la vida.

2. Hay algo que me gustaría decir de entrada, para que quede clara mi posición: que lo primero que debemos hacer es enterrar de un vez lo que habitualmente se llama la "Transición", porque fue un engaño, quizá conveniente pero no estoy nada seguro que necesario, y que en cualquier caso, con sus miserias y sus mentiras, es hoy un lastre del cual nos hemos de librar.

3. Lo que quiero combatir, para empezar, es la novela de la Transición. El cuento que han querido vendernos, que dice que hubo una especie de proyecto ilustrado inspirado por una serie de políticos clarividentes que planificaron previamente las etapas de la conquista de las libertades para todos los españoles, sin que éstos tuvieran que molestarse en hacer nada por su cuenta.

4. Hay, por ejemplo, un libro especialmente nefasto, las memorias de Manuel Ortínez, representante de la banca suiza y especialista en tráfico de capitales, que sostiene que desde 1939 en Cataluña "no se hizo nada sustancial contra el régimen" y que la democracia llegó únicamente por los méritos de lo que realizaron él y otros como él negociando desde arriba, por ejemplo, para traer a Tarradellas. No quiero opinar ahora sobre la actuación de Tarradellas, pero sí sobre los motivos que perseguía Ortínez, que me parece que quedan bastante claros a la vista de cómo defiende en una carta a Suárez el regreso del viejo político republicano, que presenta como una solución para reducir el problema de Cataluña al de la autonomía y "salir del *impasse* en el que nos encontramos con Pujol y los comunistas defendiendo las 'nacionalidades', término en opinión de muchos catalanes absurdo y que complica innecesariamente la política nacional". Lo cual, como puede verse, nos invita a reflexionar sobre las intenciones reales de estos "muchos catalanes" que, como hoy Fraga, tenían miedo de las "nacionalidades". Aparte que yo me pregunto cuántos son "muchos" para un agente de la banca suiza, un negocio de clientela más bien minoritaria [1].

5. Dejando de lado ahora este aspecto concreto que sólo se refiere a Cataluña (porque hay que recordar, además, que Ortínez se apresuró a aclararle a Suárez que Tarradellas "no es federalista y que quedará siempre al margen de los planteamientos valencianistas y mallorquines" [2]), y volviendo a la dimensión global de la Transición, a escala española, resulta que según esta visión de las cosas la recuperación de la democracia parlamentaria se explica como un relato de negociaciones, pactos, componendas y enfrentamientos entre un reducido número de protagonistas políticos, tal como lo definió Fernando Abril Martorell cuando dijo que "nuestra Transición la protagonizaron *individuos* y no *partidos*" [3].

6. Uno de los aspectos más ridículos de esta ficción es el de las pretensiones de cada cual por ser el autor de la operación. Pilar y Alfonso Fernández-Miranda, por ejemplo, la atribuyen a su padre, mientras que Osorio los desmiente, y explica las aberraciones que contenía el proyecto de Torcuato (un Senado corporativo o poco menos) y atribuyéndose él mismo la mayor parte del mérito. Y así tantos otros, incluyendo al actual jefe de Estado. Cuando lo que está claro, examinando las cosas más de cerca, es que nadie había previsto, ni querido, un cambio que fuera tan allá como el que acabó produciéndose en los años siguientes por la fuerza de las circunstancias, lo cual explica que en 1981 se pusieran todos de acuerdo para reconducirlo [4].

7. Lo que sostengo, en contrapartida, es que no era posible que después de la muerte de Franco las cosas siguieran sin ningún cambio, conforme podía hacer pensar el "atado y bien atado" que proclamaba el dictador, que en realidad tampoco era tan ingenuo, sino que en lo que confiaba, como le dijo a Fernández de la Mora en los últimos meses de su vida, era que "aunque muchos fallen, el ejército de la victoria no permitirá que se la arrebaten". Y ahora sabemos que el 23 de febrero de 1981 por poco no acabó sucediendo así: que los militares volvieran a tomar el poder, con la colaboración y la compla-

cencia de Estados Unidos, a quien la embajada en Madrid había solicitado diez minutos antes de producirse el asalto de Tejero al Congreso, la tramitación de un avión AWACS para controlar las comunicaciones [5].

8. Al producirse la muerte de Franco, y en los meses inmediatamente posteriores, el país se hallaba en un estado de agitación que anunciaba un posible hundimiento violento del sistema, amenazado por un malestar social que podía llevar a una explosión colectiva como la que hacía poco se había producido en Portugal, acabando allí con una dictadura más antigua y más estable que la española. Hay que añadir, por otra parte, que los dirigentes del régimen eran muy conscientes —como demuestran los informes internos que se han publicado últimamente [6]—, de la amenaza potencial a que habían de enfrentarse y de su incapacidad para hacerle frente con los instrumentos de cohesión social que tenían a su alcance.

9. De manera que, frente a esta perspectiva, fueron los mismos herederos del franquismo quienes optaron por emprender los cambios mínimos que habían de asegurarles no sólo la impunidad personal, sino incluso la supervivencia política, pactando todo ello con una izquierda que, después de haber demostrado durante cerca de 40 años que era incapaz de amenazar seriamente al dictador, descubría ahora que era igualmente impotente frente a sus herederos, como se demostraría con el fracaso de la huelga del 12 de noviembre de 1976, que el Partido Comunista pretendió que fuera "la mayor movilización de masas conocida en cuarenta años" [7]. Las fuerzas de la izquierda renunciaron entonces a una ruptura que eran incapaces de forzar, y acabaron aceptando todas las condiciones que se les impusieron, en un trato que debería llevarnos a definir todo el proceso no como una *Transición* sino como una *transacción*.

10. Y es que la oposición formal, la de los partidos antifranquistas, no solamente parecía entonces que carecía de la fuerza suficiente para imponerse, sino ni siquiera idea de lo que había que hacer para conseguirlo. Basta con seguir la historia de sus fantasmagóricas asociaciones, desde la "Junta Democrática" que dirigía Carrillo, con personajes tan poco democráticos como Calvo Serer, el notario García-Trevijano o Carlos Hugo, conocido popularmente, a causa de su matrimonio con una princesa holandesa, como el *Jugo de la orange* [8], a la "Plataforma de Convergencia Democrática" dirigida por Felipe González, que se había negado a sumarse a la Junta, a la que denunció como una alianza interclasista con una posición de derechas y burguesa, creando por este motivo otra alianza, esta supuestamente revolucionaria, en la que figuraban Ruiz-Giménez y el Partido Nacionalista Vasco —que quizá pensaran que no eran de derechas ni burgueses—, y que ofrecía al público un Estado de estructura federal, con el reconocimiento del derecho de autodeterminación de sus integrantes.

11. Como ninguno de los dos tingladillos lograba salir adelante, ambos se unieron en marzo de 1976 en una Platajunta que debería de haber sido una organización de masas formidable, pero que vivió el tiempo justo para que Suárez les hiciera su propuesta de

transacción, y lograrse que olvidaran de golpe no sólo una vocación revolucionaria que nunca había ido más allá de la retórica, sino también todas las promesas que habían hecho al país en sus programas.

12. Pero si esta izquierda era tan débil, ¿por qué los herederos del franquismo aceptaron pactar el cambio político con ella? Porque lo que realmente temían era la amenaza del malestar social, y les pareció que la izquierda podía vender mejor las ofertas de la transición y que, tal como efectivamente ocurrió, les ayudaría a pacificar la sociedad [9].

13. La conciencia de la necesidad del cambio era presente hasta en los círculos más reaccionarios del régimen. Cuando se produjo la última manifestación multitudinaria de la plaza de Oriente, el primero de octubre de 1975, en unos momentos en que faltaban menos de dos meses para la muerte de Franco, mientras el Caudillo seguía con su vieja cantinela y aseguraba desde el balcón del palacio que los ataques internacionales que había sufrido el régimen a consecuencia de las últimas ejecuciones, eran el resultado de "una conspiración masónica izquierdista en la clase política en contubernio con la subversión comunista terrorista en lo social", un diplomático, Luis Guillermo Perinat, a quien Arias enviaría poco después como embajador a Londres, nos explica cómo vio las cosas aquel día, desde el palacio mismo, cerca de Franco y de los "príncipes de España": "Me asomé a uno de los balcones del palacio. La plaza de Oriente, en efecto, estaba llena; de ello se había ocupado la Organización Sindical trayendo autobuses de toda España con gente que venía encantada a pasar un par de días de vacaciones pagadas a Madrid. En el balcón, a mi lado, estaba Mayalde, ex alcalde de Madrid, ex embajador en Berlín y ex director general de Seguridad. También se quedó mirando la masa y pensativo me comenta: 'Esto no significa nada; lo que hay que hacer ahora es convocar unas elecciones y ganarlas.' Mayalde tenía razón porque el régimen ya estaba muerto" [10].

14. Hay que recordar quién era Mayalde: José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde, amigo de José Antonio y secretario político de Serrano Suñer, fue director general de Seguridad en 1940 (es el hombre que recibió a Himmler cuando visitó España), pasó luego a Berlín como embajador, en pleno apogeo hitleriano, y después sería alcalde de Madrid, por designación personal de Franco, de 1952 a 1965, además de procurador en cortes y consejero nacional del Movimiento.

15. Que era necesario realizar un cambio desde dentro para evitar que les fuera impuesto desde fuera, lo pensaba incluso Arias Navarro, que al parecer había dicho que "hacemos el cambio o nos lo hacen" [11]. Pero era difícil esperar que esta operación la llevara a cabo un hombre que, como decía Areilza, "sigue creyendo que Franco está vivo y dirige el país desde la tumba". En febrero de 1976 se creó una comisión mixta gobierno-Consejo Nacional que había de estudiar las propuestas de reforma constitucional, frente a la cual Arias empezó diciendo cosas como "yo lo que deseo es continuar el franquismo", y que difícilmente podía cambiar nada cuando las posibles reformas tenían que negociarse con personajes como Girón [12].

16. Para sacar adelante el proceso fue necesario deshacerse de Arias y seguir la línea que acabaría permitiendo realizar lo que decía Mayalde. Y así las primeras elecciones de la democracia las organizó, y ganó, el último ministro secretario general del Movimiento, Adolfo Suárez, alguien que no tenía nada que ver con los sectores reformistas del Movimiento, tal como confirma Emilio Romero, que califica su evolución hacia posiciones democráticas como un "cambio funambulesco y asombroso" [13].

17. Antes de sobrevalorar lo que hicieron Suárez y su patrocinador real, hay que entender sin embargo que ni el uno ni el otro tenían de entrada intenciones de llevar las cosas demasiado lejos, y que fue la marcha de los acontecimientos lo que les forzó a ello. En los fragmentos del diario de Carmen Díez de Rivera que nos han llegado, hay esta anotación del 2 de julio de 1976, al día siguiente de la dimisión de Arias Navarro: "Juan Carlos está eufórico [...]. Insisto en que hay que hacer la reforma en serio. Es tremendamente conservador." Y añade: "Suárez está nervioso. En su euforia sólo piensa en algunos retoques. Así no vamos a ningún sitio" [14]. Y ya sabéis que el testimonio de esta mujer singular tiene un especial valor como consecuencia de la íntima relación que sostenía con cada uno de los personajes a que se refiere.

18. El nuevo gobierno presidido por Suárez fue recibido con el ofrecimiento público de Carrillo, hecho desde Roma, de aceptar una negociación sin más exigencias que la de los mínimos de libertades que les permitieran participar en la vida pública, olvidando no sólo las exigencias que había planteado la Junta, sino los objetivos fijados en los programas del partido, unos objetivos por los cuales muchos militantes habían padecido cárcel y la muerte durante las décadas de la lucha clandestina. Si a las propuestas de Carrillo añadimos las conversaciones de Suárez con Felipe González, en las que éste se mostró dispuesto a pactar sin demasiadas exigencias (aceptando, por ejemplo, que se mantuviera en la ilegalidad al Partido Comunista), resulta evidente que la compra de la izquierda había de resultar barata. Tal como le decía Gil Robles a Areilza: "En el fondo la oposición, incluido el Partido Comunista, quiere negociar y pactar" [15].

19. Cuando entendemos la realidad del pacto —la de esta transacción que, como decía Abril Martorell, se negoció entre un reducido núcleo de dirigentes que representaban sobre todo a ellos mismos— es cuando podemos comprender que el gesto aparentemente audaz de Suárez legalizando al Partido Comunista en la Semana Santa de 1977, no era sino el punto final y lógico de esta operación de compra de la izquierda que se pretendía le garantizara la neutralización de las fuerzas que estaban luchando por cambios más profundos, como era el caso, en aquellos momentos, de los trabajadores representados por Comisiones Obreras.

20. Pero debemos señalar, además, que Suárez utilizó esta legalización para acabar de presionar a los socialistas, como explica Osorio, que nos aclara que Suárez impuso previamente a Carrillo "que reconozca públicamente la monarquía, la bandera roja y gualda

y la unidad de España, las dos primeras cosas aún no aceptadas explícitamente por el partido socialista, colocándole a éste en una situación difícil" [16].

21. Desde el momento en que se autorizó a los partidos hasta entonces clandestinos participar en el juego, quienes se habían presentado como líderes de la ruptura no sólo aplazaron los objetivos por los que habían luchado, sino que renunciaron a ellos para siempre. Lo que hicieron no fue un pacto para enfrentar una situación provisional de transición, sino una conversión con renuncia explícita y definitiva de una gran parte de los principios que hasta entonces habían proclamado. Ignoro qué pudieran sentir los antiguos militantes socialistas que participaron en el congreso de Suresnes, viendo la marcha que siguió después su partido, pero sí puedo decir que alguien como yo, que había estado 20 años en el PSUC, en unos momentos en que militar significaba jugarse la cara, lo cual hice porque creía de verdad que estaba luchando por los objetivos fijados en su programa (por el reconocimiento del derecho de autodeterminación, por poner un ejemplo), podría haber llegado a entender que mi partido renunciara por el momento a alcanzarlos, pero no que los abandonara por completo y para siempre, como ocurrió.

22. Aguanté porque los tiempos eran todavía inciertos y no era seguro que no pudiera darse un proceso de involución que exigiera dar la cara para salvar los mínimos avances democráticos conseguidos, mientras veía cómo aquella confluencia de las fuerzas del movimiento obrero, de grupos ciudadanos, de católicos progresistas, de sectores nacionalistas y de partidos de izquierda que habían protagonizado en Cataluña una movilización colectiva extraordinaria, que culminaría el 11 de septiembre de 1977 en la manifestación más grande que nunca se había visto en Barcelona, era no sólo marginada, sino desmontada desde arriba, siguiendo las instrucciones de un Carrillo que por una parte se lo debía a quienes le habían legalizado, pero que deseaba, además, que la política siguiera haciéndose en negociaciones desde arriba entre los dirigentes políticos, tal como se había hecho la Transición, evitando tanto como fuera posible la participación de la gente de la calle.

23. Mi paciencia —y con esto acabo lo que en estas palabras hay de testimonio personal— llegó al final aquel mismo año 1977, el día en que me tocó escuchar a Carrillo hablando en Barcelona, en el Palau d'Esports, para explicar a la militancia que los Pactos de la Moncloa comportaban una serie inacabable de beneficios para la clase obrera y que, de hecho, eran un paso adelante hacia la sociedad socialista, o poco menos. Al salir de aquella reunión decidí que nunca más volvería a afiliarme a un grupo que pretendiera tener el derecho de pensar por mí y de manipular mis convicciones según conviniese a las necesidades estratégicas de sus dirigentes (es decir, decidí que nunca más me afiliaría a ningún grupo).

24. Los sucesos de principios de 1981 nos iluminan la naturaleza real del pacto de la Transición. No quiero entrar a discutir los confusos acontecimientos del día 23 de febrero, que tienen una bibliografía tan extensa como sesgada, que parece encaminada sobre

todo a entretenernos con los detalles para evitar que prestemos demasiada atención al contexto. La última aportación a este tema, el reciente libro del teniente general Calderón Fernández y del coronel Ruiz Platero, se dedica a contarnos minuciosamente todo lo que rodea al asalto del Congreso por Tejero, pero deja de lado, como si no tuviera nada que ver, todo lo que se refiere a la llamada "solución Armada".

25. Dentro de la confusión general que hay en el relato de estos acontecimientos, lo que podemos calificar de indiscutible es el hecho de que a comienzos de 1981 la situación del país parecía haberse escapado de las manos a Suárez, de quien deseaba desembarazarse el rey [17], preocupado por las noticias que le transmitía Armada de que se estaba preparando un golpe militar para el mes de mayo siguiente. Permittedme decir, como un inciso, que la forma en que el jefe de Estado se deshizo de Suárez, sin ninguna clase de consideración hacia el hombre que le había hecho el trabajo sucio y que, sobre todo, había aceptado asumir todas las culpas frente a los militares, es propia del personaje que cuando había que reemplazar a Arias al frente del gobierno, respondió a Gonzalo Fernández de la Mora, que le sugería el nombre de López Rodó, el político que más había hecho para convertirlo en rey: "Ese no sirve porque tiene plomo franquista en el ala" [18]. Lo cual no deja de ser un argumento sorprendente viniendo del príncipe que había logrado convencer a Carrero Blanco de que era "católico, patriota y con una lealtad hacia el Caudillo fuera de toda duda" [19].

26. Dejando de lado estas miserias, lo que me interesa destacar es que lo que causaba inquietud a los militares a comienzos de 1981 no era ya el tema de los comunistas, porque en aquellos momentos ya estaba clara su inocuidad, sino el de las autonomías. Una cuestión agravada, si queréis, por los atentados de ETA, pero que no se limitaba al problema vasco, sino que se extendía al conjunto del sistema autonómico. Asustado por las noticias de conspiraciones, lo que el rey quiso hacer para contentar a los militares y desactivar sus amenazas de actuación violenta, fue un golpe pacífico que reforzara la corona y que, como dirá un periodista próximo al franquismo, tendría como uno de sus objetivos fundamentales "corregir los excesos de un inventado proceso autonómico y frenar su alocado y suicida desarrollo, modificar parte de la Constitución, sobre todo el título VIII [...] e impulsar el sentido de nación, el concepto de España" [20].

27. El propio Milans, ya en la cárcel, explicó que ya no se trataba de la indignación que había sentido el "Sábado Santo rojo" por la legalización de los comunistas, sino que entonces, en febrero de 1981, las cosas eran mucho más graves: "Era la propia Transición la que hacía aguas por todas partes." Podéis poner en duda, si queréis, su afirmación de que el mismo rey hubiese organizado el "golpe de timón constitucional", como lo llama Milans, y le hubiese dicho que Armada "tenía todo muy bien preparado para solventar los graves problemas que tenía España en aquellos momentos" con un gobierno de salvación nacional [21].

28. O que el capellán que asistió a Armada en la cárcel aseguraba que éste le había dicho que fue el rey quien "me propuso a mediados de 1980 ser presidente de un hipotético gobierno de concentración o unidad nacional a formar con representantes de los principales partidos políticos. Juan Carlos quería, llegado el momento, satisfacer las aspiraciones de los generales y frenar su descontento por la marcha de la Transición" [22].

29. Pero el caso es que, si podemos aceptar que el golpe de Tejero fue una improvisación irresponsable [23], alguien debería explicar qué hacía el general Armada en el Congreso, proponiendo al jefe de los asaltantes que dejara paso a un "golpe de timón" que comportaba un gobierno de concentración de los diversos partidos, presidido por el propio Armada, con la suspensión temporal por lo menos de aquella parte de la Constitución que se refería al proceso autonómico. Y habréis de reconocer que se hace muy difícil creer que Armada hubiera montado toda esta operación sin contar con alguna forma de aprobación desde lo más alto y sin tener alguna clase de garantía de que su propuesta sería aceptada al menos por una parte de los diputados a los cuales se disponía a exponerla. Los autores de este último libro sobre el 23-F que he citado, dicen que "el gobierno de Calvo Sotelo no tuvo interés en que se hiciera una investigación a fondo, aunque fuera con prudencia, de lo sucedido en torno al 23-F" [24]. Yo añadiría que nadie parece haber tenido interés en aclarar las cosas, ni ellos tampoco.

30. Y ahí hay que tomar en consideración la forma en que una parte del proyecto se realizó poco después, en julio de aquel mismo año 1981, con la aprobación de la LOAPA, y destacar que el Partido Socialista, que sólo cuatro años antes hablaba de autodeterminación, la votó, hecho que debía resultar la prueba definitiva de su integración en el juego, que era la condición necesaria para su acceso posterior al poder. Desmentiría así la desconfianza del rey, que en 1977 había pedido a su "querido hermano" el sah de Irán diez millones de dólares para reforzar al partido de Suárez y ayudarle contra unos socialistas que se creía, muy injustamente, que eran republicanos [25].

31. Hoy han transcurrido cerca de 35 años desde el final del franquismo y más de 25 de la consolidación de esta transacción que permitió la continuidad de un posfranquismo, todavía muy vivo en la actualidad, como demuestra el hecho de que alguien como Fraga, que tiene las manos manchadas de sangre de víctimas de la dictadura y que debería estar contento de que se le haya amnistiado, se atreve aún a amenazarnos con una invasión constitucional.

32. El precio de la transacción ya ha sido pagado, y con creces. Es hora pues de que comencemos a plantearnos seriamente alguna clase de Transición real, más transparente y participativa, que acabe de una vez con los restos del franquismo que aún padecemos. No me refiero a que exijamos a los partidos de izquierda —y conste que con esta denominación aludo simplemente a que estén a la izquierda del PP, lo cual no es pedir demasiado— que cumplan ahora lo que ofrecían en 1976, antes de pactar. Pero sí creo que hay que exigirles que sea revisada una Constitución que fue elaborada al margen del

país, al cual se le planteó una disyuntiva en que se le pedía simplemente si deseaba aquella Constitución o la continuidad de las "leyes fundamentales" del franquismo. Esta vez es necesario que haya mucha más participación de todos en un juego en que nos hemos de jugar nuestro futuro y nuestras libertades.

33. Es necesario que haya participación para acabar con uno de los mayores males que ha causado esta Transición. La práctica de negociaciones desde arriba, de acuerdos poco transparentes entre dirigentes, ha acabado por alejar a los partidos del contacto con el conjunto de la sociedad, que no toma parte en la vida política como hacía en los tiempos anteriores a la guerra civil, cuando centros republicanos, ateneos populares y "casas del pueblo" eran los puntos de contacto entre los ciudadanos y sus representantes.

34. Esto permite explicar que, en tantas ocasiones, sean hoy los movimientos sociales surgidos desde abajo quienes hagan escuchar la voz de los ciudadanos en relación con problemas que no reciben la atención adecuada desde los partidos o desde los sindicatos. En la medida en que los canales por los cuales se expresaban en el pasado las aspiraciones de cambio parecen tener hoy escasa eficacia, se explica que haya voces que pidan un nuevo papel para la sociedad civil y para los movimientos sociales que ella crea, bien se dirijan a objetivos determinados, como los que luchan por los derechos humanos o por el medio ambiente, bien se trate de grupos constituidos para dirigir movimientos espontáneos de protesta, como los que llenaron nuestras calles para expresar el rechazo a la guerra de Irak.

35. Cuando hablo de los restos del franquismo que hay que eliminar, pienso sobre todo en esta especie de nacionalismo agresivo, formado de mitos, prejuicios e intransigencia, que sirvió en 1936 para legitimar la destrucción de nuestras libertades, y que el PP ha utilizado desde el poder en estos últimos años y pretende seguir utilizando desde la oposición, para alimentar los temores y los enfrentamientos que constituyen la esencia misma de su programa.

36. Para hacer frente a todo ello hay que combatir la confusión entre nación y Estado. La nación es el resultado de un sentimiento colectivo de identidad de carácter esencialmente cultural que un grupo de hombres y mujeres elige porque se siente representado en él, porque ha escogido una manera de vivir y una gente con quien compartirla. El Estado es, en cambio, un cuerpo político nacido de un contrato social, cuya función es garantizar unos derechos al conjunto de los ciudadanos, a cambio de unos deberes respecto de la institución y una solidaridad en relación con el resto de quienes lo integran. No deseamos ser súbditos de un poder estatal absoluto, que pretende tener el derecho de intervenir en cuestiones como la de decidir qué lengua hemos de hablar, o si queréis descender hasta los extremos ridículos de la actualidad, fijar el color de la camiseta con que hay que jugar a hockey sobre patines (una actividad trascendental de la que al parecer depende el futuro del país y el bienestar de sus habitantes).

37. Debemos combatir la falsa legitimidad del Estado-nación, heredero histórico de las monarquías absolutas, el cual no tiene ningún papel en el mundo actual, donde la defensa ha pasado a ser una cuestión supranacional y las banderas y las trompetas han perdido la función de seña de identidad que pudieran tener en el pasado. Contra él hemos de reivindicar el Estado plurinacional, donde podamos convivir en paz elementos étnicos y nacionales diversos. El siglo XX ha visto demasiados ejemplos de limpieza étnica destinada a asegurar la homogeneización a la fuerza. A un patriotismo basado en mitos fundacionales, en un racismo identitario y en los prejuicios contra los otros, que es lo que habitualmente utiliza el Estado-nación, hemos de contraponer un nacionalismo entendido como un fenómeno de conciencia colectiva, de naturaleza cultural, basado en la tolerancia del otro.

38. Hemos de dejar bien claro, por otra parte, que el fundamento y la legitimación del Estado no reside ni en la raza, ni en la historia, ni en ninguna clase de "unidad de destino", sino en el contrato social que se supone que renovamos en cada votación general, y plantearnos en el futuro en estos términos la relación con nuestro Estado, exigiéndole las obligaciones que tiene para con nosotros, especialmente la de proporcionarnos servicios sociales básicos como la enseñanza pública, la sanidad pública y un sistema de pensiones adecuado.

39. Cuando el señor Borrell hablaba el pasado mes de julio de "la estupidez de la lucha identitaria" [26], olvida que esta lucha sólo acostumbra a producirse cuando hay alguien que estúpidamente coarta una identidad para imponer otra, y no para predicar el internacionalismo. Y que si los perdedores de este combate a él le parecen estúpidos, otros pensamos que los vencedores tienen una responsabilidad criminal por el hecho de querer justificar en términos de patriotismo actos de opresión que lo que pretenden habitualmente es criminalizar la reivindicación de derechos que, al menos en teoría, son universalmente reconocidos, incluso por el Estado que en la práctica los niega a sus súbditos. Nosotros, de eso, tenemos una experiencia de siglos.

40. Hemos de limpiar de tópicos y prejuicios el campo de las relaciones entre el conjunto de ciudadanos del Estado. Podemos discutir tanto como queramos en términos de razonamiento político, pero los males de hoy no los curaremos hasta que no ayudemos entre todos a que sople un viento de racionalidad que se lleve las intransigencias tribales, de una parte y de otra, porque es cierto que las hay por las dos partes, por la de las culturas minoritarias y por la de la cultura estatal dominante, pero las de la tribu más grande son aún más maléficas que las de las pequeñas, ya que carecen de la conciencia de su carácter tribal. Que los nacionalistas del Estado-nación —pongamos por caso el PP, si queréis, pero no son sólo ellos— llamen despectivamente "nacionalistas" a los otros es una muestra de esta incapacidad de mirarse en el espejo.

41. Si hemos de participar como ciudadanos —no como súbditos, que es un término propio de las monarquías absolutas y de las dictaduras— en un nuevo Estado español en

formación, deseamos que sea como aquel que propugnaba en Valencia en 1937 Pere Bosch Gimpera, cuando afirmaba que "España no será una zona de dominio para ninguno de sus pueblos o para ninguno de sus grupos de hombres, sino una resultante de una floración natural y de una unión cordial y libre" [27]. Este proyecto lo hicieron imposible los militares sublevados en 1936, y ha seguido haciéndolo inviable el posfranquismo que todavía no hemos logrado quitarnos de encima, con sus Aznars y Fragas amenazándonos con dar marcha atrás, hasta regresar a 1936 si es necesario.

42. Para refundar este Estado libre y solidario es necesario un nuevo contrato social que lo defina. Un contrato para el siglo XXI, que no nazca defectuoso, como el de 1978, por las imposiciones de un poder heredero de la sangrienta victoria de 1939 y por los temores que entonces creaba el rumor de sables en los cuarteles. Y necesitamos que esta vez no sea, como aquél, obra de un grupo de dirigentes que negocian entre ellos, sino que esté abierto a la participación de una sociedad que cada vez está más cansada del papel pasivo a que se la quiere condenar (limitado a poca cosa más que elegir cada cuatro años entre las diversas listas cerradas que los dirigentes de los partidos les proponen) y se está acostumbrando a salir a la calle para hacerse escuchar.

43. Nadie ha de temer nada de las libertades que este nuevo contrato social pueda otorgar. El único límite que es lícito imponer a la libertad es el que se refiere a la necesidad de defender que la de los unos no afecte ni coarte a la de los otros. Si a este programa mínimo de liquidación del posfranquismo y establecimiento de un nuevo marco de convivencia en libertad queréis llamarlo "segunda Transición", sea en buena hora. Pero conste que habrá de ser de una naturaleza enteramente nueva, muy alejada de la triste transacción en que hemos vivido.

Notas

[1] Manuel Ortínez, *Una vida entre burguesos*, Barcelona, Edicions 62, 1993, pp. 163 y 203; la carta a Suárez en Alfonso Osorio, *Trayectoria política de un ministro de la corona*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 324.

[2] Osorio, *Trayectoria*, p. 322.

[3] Antonio Lamelas, *La transición en Abril*, Barcelona, Ariel, 2004, p. 76.

[4] Pilar y Alfonso Fernández-Miranda en *Lo que el rey me ha pedido*, Barcelona, Plaza Janés, 1995; Alfonso Osorio, *De orilla a orilla*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, pp. 179 ss.

[5] Gonzalo Fernández de la Mora, *Río arriba. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 227. Sobre el conocimiento previo que tenía la CIA del movimiento militar y la actitud de la embajada, Javier Calderón Fernández y Florentino Ruiz Platero, *Algo más que el 23-F*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004, pp. 203-211.

[6] Por ejemplo, los que transcribe y analiza Pere Ysàs en *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.

[7] Salvador Sánchez-Terán, *De Franco a la Generalitat*, Barcelona, Planeta, 1988, pp. 184-190; la frase procede de una directiva de Simón Sánchez Montero, citada en la p. 189.

[8] Fernando Jáuregui y Pedro Vega, *Crónica del antifranquismo*, Barcelona, Argos-Vergara, 1985, III, pp. 252-265.

[9] Véase por ejemplo el libro de Xavier Domènech, *Quan el carrer va deixar d'ésser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell, 1966-1976*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 2002.

[10] Luis Guillermo Perinat, *Recuerdos de una vida itinerante*, Madrid, Compañía Literaria, 1996, p. 161.

[11] Osorio, *Trayectoria*, p. 28.

[12] Sobre esta etapa, Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano, *Tiempo de incertidumbre*, Barcelona, Crítica, 2003; sobre la comisión mixta, en concreto, José María de Areilza, *Crónica de libertad*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 184-185.

[13] Emilio Romero, *Papeles reservados*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985, I, pp. 216-222.

[14] Ana Romero, *Historia de Carmen. Memorias de Carmen Díez de Rivera*, Barcelona, Planeta, 2002, p. 97.

[15] Osorio, *Trayectoria política*, pp. 162-166; Areilza, *Crónica de libertad*, p. 189.

[16] Osorio, *Trayectoria política*, p. 282.

[17] En un debate sobre el 23-F realizado en la FNAC de Barcelona en febrero de 2001, los periodistas José Oneto y Jesús Palacios sugirieron que el rey había criticado a Suárez delante de los altos mandos militares ("Estoy harto de Adolfo") meses antes del 23-F, lo cual pudieron interpretar como "la necesidad de un cambio de rumbo".

[18] Fernández de la Mora, *Río arriba*, p. 255.

[19] Añadiendo: "pero si fuese de otro modo, tampoco habría graves motivos de preocupación porque con las leyes que tenemos...". Tom Burns, *Conversaciones sobre la derecha*, Barcelona, Plaza & Janés, 1997, p. 110.

[20] Jesús Palacios, *23-F: el golpe del CESID*, Barcelona, Planeta, 2001, p. 25.

[21] Amadeo Martínez Inglés, *23-F. El golpe que nunca existió*, Madrid, Foca, 2001, pp. 176-178.

[22] Ibid., p. 195.

[23] Calderón y Ruiz Platero, *Algo más que el 23-F*, pp. 78-83.

[24] Ibid., p. 103.

[25] Carta que publicó Asadollah Alam en el libro *The Sha and I. The confidential diary of Iran's royal court, 1969-1977*, Londres, 1991, pp. 552-554, según cita de Palacios, *23-F: el golpe del CESID*, pp.127-129.

[26] En su discurso en el Congreso del PSC, según transcripción de *La Vanguardia*, 25 julio 2004, p. 14.

[27] Pere Bosch Gimpera, *España*, Valencia, Anales de la Universidad de Valencia, 1937, p. 46.

Fuente original:

["Bases per a una nova transició"](#), *Revista HMiC. Història moderna i contemporània* (Universitat Autònoma de Barcelona), n.º III, 2005, pp. 7-16.